

Es arquero de futsal y los ojos de la Selección Argentina del fútbol para ciegos

Germán Muleck es un ejemplo de superación y de vida, porque el universo lo mandó por caminos inesperados que ni él se imaginaba.

* Por Jeremías Oviedo

En un rincón del barrio, entre los ecos de los gritos de la cancha y las risas que se entrecruzaban con el viento, un nene de tres años se atrevió a soñar con las manos. Con guantes de futbolista, él, el más chico de una familia en la que el fútbol parecía ser un legado, se plantó frente a su hermano mayor y, con la determinación de un adulto, comenzó a atajar pelotas en el parque. Desde ese momento, el destino de Germán Muleck estuvo sellado: ser arquero era su razón de ser.

La pelota, como un sueño que da vueltas en la cabeza, fue el motor que lo empujó. Creció con ella bajo el brazo, con la admiración de un hermano que ya jugaba en el club 17 de Agosto, y fue ese mismo hermano quien, al verlo en el pasto del parque, le extendió la mano y lo llevó a la cancha. La familia de Germán, esa que tiene el deporte como una forma de vida, jamás dudó que su pequeño arquero seguiría sus pasos, y fue el fútbol, con sus desafíos, el que lo abrazó para nunca soltarlo.



Germán Muleck en 17 de Agosto. – Sacada de “La voz del Futsal”

Con cuatro años, se incorporó al fútbol infantil, pero no sería hasta más tarde, ya en su adolescencia, cuando el fútbol lo llevaría por un sendero más complicado.

Mientras su familia le sugería que pensara en estudiar, trabajar, *"ser productivo"*, como diría su padre, Germán no dudaba. Sabía que su vida debía girar en torno a un solo sueño: el fútbol. Su lucha era contra el tiempo, contra las expectativas, contra las voces que le pedían que dejara todo por un camino más seguro. Pero Germán no podía, el fútbol latía en su pecho. *"Mi sueño era este. Desde siempre"*, recuerda con humildad, como si no hubiera otra opción.

Y así, entre amigos, familia y entrenamientos, el fútbol lo condujo al futsal. Fue ahí donde se hizo hombre, donde entendió que la disciplina, el trabajo y la pasión podían transformarse en algo más. Fue ahí, también, donde la vida le dio un giro inesperado: un psicólogo deportivo le habló de una nueva posibilidad. *"¿Querés probar con el fútbol para ciegos?"*, le preguntó. En principio, Germán, como muchos, tenía dudas, prejuicios, tal vez miedo. ¿Cómo podía un arquero jugar al fútbol en un equipo en el que sus compañeros no veían?

Pero algo dentro de él, algo profundo, se encendió. Fue la curiosidad, la chispa de saber que podía ser parte de algo mucho más grande que él mismo. Y lo hizo. Como si el destino lo hubiera preparado durante años para ser ese "ojo" que guía a los demás. Al principio, las risas de los compañeros, los chistes tontos sobre cómo iba a parar un gol sin poder ver, lo incomodaban. Pero rápidamente, Germán entendió que en ese mundo oscuro no solo brillaban los que tenían los ojos, sino también los que tenían el alma.



Germán Muleck en los Murciélagos. Sacada de Instagram (@Germanmuleck)

Al llegar al primer entrenamiento, y a medida que sus compañeros lo orientaban con sus voces firmes, comprendió que no estaba ahí para ser solo un arquero. Estaba ahí para ser parte de una familia, para ser parte de un equipo que no

jugaba al fútbol para ciegos, sino al fútbol con el corazón. *"Son atletas de alto rendimiento"*, dice ahora, con la mirada firme y serena de quien tocó lo más profundo de este deporte. *"El fútbol para ciegos no es solo un deporte adaptado, es fútbol en su esencia más pura"*, dijo convencido.

La transición fue difícil, claro. Germán pasó de ser un arquero que ocupaba todo el campo, que podía marcar el ritmo del partido, a un arquero con un rol restringido, pero igualmente fundamental. En el fútbol para ciegos, el arquero no puede salir del área. Su único objetivo es evitar que la pelota cruce la línea de gol. Pero, dentro de esa limitación, germinó un amor profundo por el deporte, por la gente y por el sentido de pertenencia a algo que le daba una nueva perspectiva. *"Me enamoré del ambiente"*, dice, sonriendo. *"Me enamoré de la familia que encontré ahí"*.

Ser los ojos de un equipo es una responsabilidad única. Germán no es ciego, pero en el fútbol adaptado, su rol como arquero es fundamental para guiar a sus compañeros. Él es quien, desde su posición, orienta a los jugadores con la voz, asegurándose de que sigan la dirección correcta. Es un trabajo de confianza constante, de comunicación. En la cancha, cada palabra cuenta.

Los sacrificios fueron muchos. Cuando se unió a Los Murciélagos, su vida cambió por completo. La rutina, los entrenamientos exigentes, las concentraciones, los psicólogos deportivos, la nutrición. Germán aprendió a cuidar su cuerpo como nunca, entendiendo que ser atleta era mucho más que entrenar: era un trabajo de cuerpo, mente y alma. Aprendió que la alimentación, el descanso y el trabajo físico eran claves para rendir al máximo, no solo en los partidos, sino en la vida misma.



Germán Muleck con los Murciélagos en los JJOO de París 2024. Instagram (@Germanmuleck)

A lo largo de su carrera, los logros y las medallas llegaron, sí, pero también los momentos de introspección. Germán recuerda con nostalgia esos primeros días en los que no sabía bien qué esperar, cuando la incertidumbre se hacía presente y la presión de representar a su país le pesaba. Pero todo eso se disolvió cuando entendió que este deporte no era solo una cuestión de resultados, sino de crecimiento personal, de compartir historias, de aprender todos los días de los que más saben. Hoy, más que nunca, Germán sabe que el fútbol para ciegos le dio mucho más de lo que él podría haber imaginado.

A los jóvenes que hoy dudan, que piensan que no pueden, que se sienten intimidados por un deporte que parece imposible, Germán les deja un mensaje claro: *“No dejen que los prejuicios los frenen. Vengan a jugar, vengan a sentir, vengan a ser parte de esta familia. Este deporte es tan hermoso como el fútbol, y con el corazón, todo es posible”*.



Germán Muleck, arquero de los Murciélagos. Foto propia

Germán Muleck, el arquero de Los Murciélagos, aprendió a ver el fútbol de una forma que pocos pueden. Y aunque la vida lo haya llevado por un camino distinto, sigue siendo el mismo niño de tres años que soñaba con atrapar pelotas en el parque, con el mismo amor, la misma pasión, y la misma fe en que el fútbol siempre será su casa.